

## **Las Obras de misericordia corporales y espirituales**

Rebeca Renaud

“Sacad vuestras fuerzas sencillamente de la alegría de estar con Jesús. Estad alegres y llenos de paz. Aceptad todo lo que él os dé. Y dad siempre, tome el que lo tome, con una gran sonrisa” (Beata Teresa de Calcuta, a sus colaboradores). Efectivamente, todas las obras de misericordia las hemos de hacer con alegría en el corazón.

Las obras de misericordia son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales. Instruir, aconsejar, consolar, confortar, son obras espirituales de misericordia, como también lo son perdonar y sufrir con paciencia los defectos de los próximos.

Las obras de misericordia corporales consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos (cfr. Mt 25, 31-46). Entre estas obras la limosna hecha a los pobres es uno de los principales testimonios de la caridad; es también una práctica de justicia.

Las obras de misericordia espirituales son: Enseñar al que no sabe, dar consejo al que lo necesita, corregir al que yerra, perdonar las injurias, consolar al triste, soportar con paciencia las molestias del prójimo, rezar por vivos y difuntos.

Explicaremos sólo dos: *Corregir al que yerra*: La corrección se ejercita sin asperezas, sin humillar. Es verdad que “ninguna corrección resulta agradable, en el momento, sino que duele; pero luego produce fruto apacible de justicia a los ejercitados en ella (Hebreos 12,11).

La corrección fraterna exige discernimiento: escoger el momento oportuno,; ejercitarla de modo que crezca y no disminuya la estima que el hermano tiene de sí mismo; vitar que sea la única manera en la cual uno se relacione con aquel hermano; ejercerla sobre cosas verdaderamente esenciales; tender a liberar y no a juzgar y condenar; corregir sabiendo que también uno es pecador y necesitado de corrección.

*Perdonar las ofensas es una obra de misericordia espiritual*. No se puede negar que el amor a los enemigos, desde un punto de vista humano, es seguramente la prescripción más exigente de Jesús, siendo considerada desde antiguo como el

signo distintivo de la vida cristiana "Quien no ama al que lo odia no es cristiano" (*Segunda carta de Clemente*, 13s).

La etimología de *miser cordia* procede del latín *misere* (miseria, necesidad) y *cor/cordis* (corazón) y se identifica con tener un corazón solidario con aquellos que tienen necesidad. Por eso en el lenguaje corriente se identifica con la compasión y el perdón; pero la misericordia incluye ternura, piedad, clemencia, compasión, bondad y don de Dios.

El hombre debe mostrarse misericordioso hacia su prójimo a imitación de "Dios, Señor de la Misericordia". La misericordia de Dios no conoce otro límite que el endurecimiento del pecador.

Es importante que no se ofrezca como ayuda de caridad lo que ya se debe a título de justicia. Las obras de misericordia son parte de la solidaridad humana. Las palabras de Jesús: "me lo hicieron a mí" (Mt 25,40), dan el toque peculiar que permite expresar el testimonio cristiano.

Jesús se ha identificado con quien sufre hambre, sed, está desnudo, es emigrante, está enfermo o en la cárcel, con quien es presa de la duda o de la aflicción y tiene necesidad de ayuda y consuelo para no caer en la angustia. Al mismo tiempo pide perdonar y ofrecer gestos concretos de bondad, paciencia y cercanía a cualquiera que se encuentre en necesidad.

¡Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento existen en el mundo de hoy! Muchos no tienen voz porque su grito se ha silenciado a causa de la indiferencia de los pueblos ricos.

Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hombres privados de dignidad.

La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta si vivimos o no como discípulos suyos. Jesús nos pide que llevemos una palabra o un gesto de consolación a los pobres o a los que están tristes. La predicación de Jesús se hace de nuevo visible en las respuestas de fe de los cristianos. Nos acompañen las palabras del Apóstol: "El que practica misericordia, que lo haga con alegría" (Rom 12,8).

A veces decimos de algunos: "¿Quieren comer? ¡Que trabajen!". Pero si lleva 24 horas sin comer no tienen fuerzas para trabajar.

Así como los profetas auguran las peores catástrofes, en cambio salvan la ternura del corazón de Dios, tal como se expresa emotivamente exclamando: "¡Efraím es mi hijo querido, él es mi niño encantador. Me acuerdo y se me conmueven mis entrañas. ¡Lo quiero intensamente!" (Jer 31,20; Is 49,14s; 54,7). La misericordia de Dios supera toda experiencia humana.

Dios nos dice por el profeta Isaías: "Este es el ayuno que yo quiero: soltar las cadenas injustas, desatar las correas del yugo, liberar a los oprimidos, quebrar todos los yugos, partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, cubrir a quien ves desnudo y no desentenderse de los tuyos" (Is 58,6-7).

Bienaventurados los misericordiosos porque alcanzarán misericordia (Mt 5,7). Se trata de una condición esencial para entrar en el Reino de los cielos. Jesús retoma la idea siguiendo al profeta Oseas (quiero misericordia, quiero amor y no sacrificios, y conocimiento de Dios más que holocaustos 6,6). Por eso el juicio final será sobre la misericordia ejercida, aun inconscientemente, en relación con Jesús es las personas más necesitadas.

San Mateo dice: "Cuando venga en su gloria el Hijo del Hombre...". Separará a unos de otros. Y dirá: Vengan benditos porque tuve hambre y me dieron de comer; tuve sed y me dieron de beber; estuve enfermo y me visitaron; en la cárcel y vinieron a verme... ¡Apártense de mí, malditos, a fuego eterno. Porque tuve hambre y no me dieron de comer... Lo que no hicieron con uno de éstos, tampoco lo hicieron conmigo (cfr. Mt 25, 31-46).

*Lumen Gentium 16 y Gaudium et Spes 22* explican: Quienes ignoran sin culpa el Evangelio de Cristo, pero buscan a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna. Y la divina Providencia tampoco niega los auxilios necesarios para la salvación a quienes sin culpa no han llegado todavía a un conocimiento expreso de Dios y se esfuerzan en llevar una vida recta, no sin la gracia de Dios. El Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual (GS, 22).

El Papa Francisco recomienda: "Confiemos en la paciencia de Dios que siempre nos concede tiempo; tengamos el valor de volver a su casa; de habitar en las heridas de su amor dejando que Él nos ame, de encontrar su misericordia en los Sacramentos".

Cfr. Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, Ed. San Pablo, México 2015. Resumen elaborado por Martha Morales.